

¿Que si me había dormido? No, qué va, cómo me iba a dormir. Estaba acordándome, no sé por qué, de un anuncio que leí hace unos años mientras hacía cola en la panadería de Lucas. Decía así: «Impedido, Óskar, silla de ruedas a motor, ultraligera, con subbordillos, solicita asistente para manifestación guerra Irak», y un número de móvil. Media cuartilla mal rasgada de un cuaderno escolar, prendida con una chincheta en el panel de corcho y escrita con torpe y concienzuda caligrafía infantil.

Y recuerdo que al leer esas líneas, de repente sentí la llamada, la dulce e imperiosa llamada de la virtud, y el placer anticipado de convertirme en un hombre ejemplar. No era ni mucho menos la primera vez que me ocurría. Al contrario, ése ha sido siempre el signo de mi vida: la intermitencia, la indefinición, la mala salud psíquica, las bruscas alucinaciones de la identidad. Eso que en otros tiempos se llamaban crisis espirituales. Le pondré un ejemplo cualquiera, más que nada porque mi desconfianza y mi ineptitud para el lenguaje abstracto me impiden abordar este asunto con cierta garantía intelectual.

Verá, fue un día de septiembre de hace ocho o diez años. Era al final de la tarde y yo caminaba distraído, absorto en algún vago ensueño. Imagínese: el ritmo cansino, el camino aprendido, el cielo limpio, y en la luz fresca del atardecer la promesa inminente de una tregua en el diario laborar. Un día como tantos. Pero de pronto el instinto me advierte de que algo extraño está pasando a mi alrededor. Era como la sensación de haber entrado en una isla de silencio o en un lugar sagrado, o como sufrir uno de esos sobresaltos de las duermevelas, cuando por un momento uno no sabe quién es, ni qué edad tiene, ni a qué especie pertenece, ni qué significan el mundo y la existencia. Entonces me doy cuenta de que estoy pasando ante una comisaría. Es una comisaría de varias plantas, que ocupa toda una manzana, donde se expiden documentos, se tramitan multitud de denuncias, se declara, se informa, se solicita, se concede, y por eso a todas horas hay muchas colas y mucho ir y venir de gente apresurada, sólo que hoy no hay público, qué extraño, ni un alma, y además han cortado el tráfico, y la acera y una parte de la calzada están acordonadas por una cinta amarilla de seguridad, y hay varios coches patrulla atravesados en la calle y con las luces de emergencia encendidas, y guardias con pasamontañas, uniformes de camuflaje y subfusiles automáticos custodiando el entorno. Gente armada, espacios abiertos, grupos a lo lejos, expectación en el ambiente. En fin, he ahí un gran espectáculo social: la escenificación dramática del orden. Y resulta que sólo yo, en mi distracción, me ha-

bía aventurado por aquel territorio que, estando franco, ahora veo que los demás viandantes prefieren darlo por prohibido, porque todos han rehusado esa acera y avanzan a buen paso por la contraria.

Entonces yo bajé la vista y pasé ante los guardias, y según pasaba sentía el peso de sus miradas, y no sólo la de ellos sino también la de los peatones del otro lado de la calle, que habían remansado el paso, y algunos se habían detenido y estaban de puntillas y con el cuello asomadizo para seguir mejor aquel suceso anómalo. ¿A quién no le ha ocurrido una cosa así? De pronto uno se convierte por casualidad en protagonista de algo, y los demás, transformados en espectadores, esperan una buena actuación de ti, casi la exigen, y tú por dignidad no puedes defraudarlos ni abandonar la escena sin cumplir el papel que te asignó el destino.

«He aquí», pensé, «que por una torpeza o un descuido me he convertido en sospechoso, en persona de no fiar, y ahora quizá los guardias, los porteros de los inmuebles, los meros curiosos, los niños, alguna que otra mujer hermosa, los vejetes con sus garrotillas, las colegialas con sus falditas de verano, los comerciantes que por un momento han desatendido sus negocios para asomarse a ver el espectáculo, todos, estarán pensando quién seré yo, quién será ese que va por ahí, si será un delincuente, o un terrorista, o sólo un gilipollas, uno de esos ciudadanos deseosos de significarse, un desaprensivo que, sabedor de las leyes que lo amparan, no tiene escrúpulos en desafiar a la autoridad con la esperanza de poder jactarse luego ante ella de

sus derechos democráticos.» Y en ese instante deseé con toda mi alma que me echaran el alto y me pidieran los papeles. Incluso aminoré el paso e hice por detenerme con un gesto de ofuscación, y ya iba a llevarme la mano a la chaqueta, cuando uno de los guardias me disuadió con la cabeza y me indicó que siguiera adelante.

Y entonces ocurrió. Quiero decir que en ese momento sentí lo mismo que sentiría unos años después al leer en la panadería el anuncio de Óskar: la dulce, la embriagante exhortación de la virtud, y el placer de saberme inocente. Y también la necesidad de que los demás supieran que, en efecto, lo era, y de que me apreciaran, y hasta me admiraran por ello. ¿Cómo decir? Es un sentimiento que nada tiene que ver con la religión, porque yo soy ateo, aunque no practicante, pero son como raptos místicos, que me ocurren muy de vez en cuando. Ardientes anhelos de perfección y trascendencia. Ansias de purificación. Ebriedad moral. Impresión milagrosa de caminar sobre las aguas. Fanatismo y candor confundidos en uno. Apetito desordenado de amor al prójimo y a uno mismo.

Y bien. En ese estado de beatitud abandoné la escena y pasé a ser espectador. Engrosé un corro de curiosos. Recibí sonrisas, parabienes, miradas de simpatía, gestos de adhesión. Me sentí feliz de volver a ser miembro reconocido de la tribu. Es más, por haber estado en entredicho, ahora mi inocencia valía más que las otras. Y también mi opinión. Algunos creyeron, en su sed de saber, que yo poseía algún tipo de

información privilegiada. ¿Qué pasa?, ¿qué ocurre?, ¿por qué ese despliegue?, ¿un aviso de bomba?, ¿la visita de alguna autoridad? Y hasta mi silencio era acogido como un modo prudente de callar, y entre esos agasajos me fui retirando, repartiendo saludos, recibiendo palmadas en el hombro, convertido poco menos que en un líder moral.

Mientras proseguía mi camino, me llené de proyectos edificantes. Y es que pocos negocios hay tan prósperos como el de la buena conciencia cuando se asocia con la fantasía. Y así, durante un tiempo, un mes o dos, o a veces sólo una quincena o unas horas, me transformaba en un hombre ejemplar. Me levantaba emprendedor y deportivo, cantaba en la ducha, me despedía de mi mujer con un beso soplado, salía de casa oloroso y amable, y muy saludador, la mano lista siempre para ceder el paso, la sonrisa fácil, el don de gentes pintado en el rostro. A lo mejor me encontraba en el ascensor con un vecino. «Está triston el día», decía uno de los dos, y esa frase servía para ponernos de acuerdo en todo. «Si está triste, por lo menos que llueva.» Evocábamos los campos, los pantanos, la contaminación, la aridez general de España. En un instante establecíamos lazos de afinidad. Las clases sociales quedaban anuladas. Los lemas de la Revolución Francesa tutelaban beatíficamente nuestro jovial y mínimo coloquio. Nos deseábamos buen

día, orgullosos de nuestra civilización, de nuestra especie.

Y yo continuaba mi camino y sentía en el alma una hambruna de concordia que me llevaba a ser humilde con los soberbios, sincero con los farsantes, solidario con las causas perdidas, beligerante en la defensa de los débiles contra los desafueros de los poderosos. ¡Y qué íntimo gozo sentía cuando entregaba un donativo a una ONG o a un pordiosero!, o cuando encontraba a algún ciego o impedido a quien ofrecer mis servicios, o a algún inmigrante a quien tratar con deferencia, como a un igual, si es que no como a un superior. Y me encantaba pasar ante los juzgados, las comisarías, los cuarteles, los ministerios, o entrar en los supermercados y grandes almacenes donde había cámaras de vigilancia y acortar el paso y demorarme ante ellas mientras examinaba algún artículo valioso para que mi inocencia quedara bien grabada, un documento para la posteridad, y a veces hasta me imaginaba que una severa comisión de ciudadanos notables, reunida al efecto, analizaba y juzgaba cada uno de mis gestos, de mis palabras, de mis actos, por nimios que fueran, para poder medir luego el alcance de mi rectitud. Y yo iba por la calle actuando ante ellos, jugando a adivinar sus comentarios, sus juicios, sus elogios. «He ahí un hombre en verdad intachable», decían finalmente de mí, rendidos ante las evidencias.

Y lo era, créame. No haga caso de mi tonillo irónico, que exagera a propósito las pequeñas hipocresías que conlleva siempre toda empresa humana radical y

ambiciosa. Yo quería ser bueno, íntegro, valiente, comprometido con mi tiempo. Porque, ¡qué de iniquidades había en el mundo! En el mundo remoto y aquí mismo, en mi barrio, que es el de Chamberí, dicho sea al paso. ¡Cuántos motivos para indignarse y perseverar furiosamente en la virtud!

Recuerdo que en uno de esos raptos místicos leí en el periódico, no sé si usted se acuerda, el caso de un hombre que robó en El Corte Inglés seis compactos de Julio Iglesias y huyó perseguido por dos guardias de seguridad. En la estación de Sol, saltó entre los vagones de un tren ya en marcha. Eso ocurrió el 7 de noviembre de 1998, sábado para más señas. Estas cosas conviene recordarlas con exactitud, y es una lástima que, sin embargo, haya olvidado el nombre de aquel joven. Porque era joven. Venían fotos de su vida. Con su novia, de recluta, con su hija, y la más terrible de todas: sentado de niño en las rodillas del rey Baltasar. Y al imaginarme lo que va de esa foto del niño en vísperas de Reyes al adulto que huye hacia la muerte con su pequeño hurto, me eché a llorar muy de veras, y durante varios días anduve a rachas con aquel llanto, y siempre que podía buscaba algún espejo para verme llorar, y créame, esa ofrenda de lágrimas, esa imagen mía inconsolable, sincera, hecha trizas, me reconfortaba y secretamente me enorgullecía y me daba motivos para perseverar en la virtud.